

ELIMINACION DE LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

Raúl Pino-Ichazo Terrazas

Este día es importantísimo para reflexionar sobre este tormento que sufren las mujeres y que lamentablemente no se detiene. Si una persona se preocupa por este todavía insoluble problema social, debe seguir insistiendo en su gravedad. Para lograr ese propósito la prensa asume un rol preponderante, pues leer artículos esclarecedores sobre el feminicidio, que elimina al ser más importante de la creación, horada la conciencia de la sociedad; no se debe caer en la rutina y la indolencia cuando nuestros propios hogares no son afectados por este execrable delito, pero sí el de los otros.

En Europa y las principales capitales las expresiones de cese definitivo de esta lacra que ensombrece la figura de los hombres, fue masiva y sacudió a las poblaciones por su emotividad y presión a los gobiernos para perseguir a los infractores; además se hizo un llamamiento a la prensa para que facilite en forma gratuita la publicación de los agresores y feminicidas para, además del castigo establecido que no admite recursos de apelación, producirle la muerte civil. Continúa la barbarie de mutilar el clítoris de las jóvenes en gran parte del África y las costumbres anacrónicas señalan que ese procedimiento es el medio para que la joven pueda casarse y ser aceptada por la sociedad, peor aún, los hombres no aceptan a ninguna joven como esposa si no está mutilada. Es desgarradora y primitiva esta práctica que lastima la sensibilidad del mundo. Fundamental es adentrarse a las causas de este desatino imperdonable del instinto masculino de dominio y posesión de otros seres humanos.

La primera causa nos retrotrae a la historia y la literatura, que son ricas en ejemplos sobre los celos, expresión inequívoca de la inseguridad de la posesión. Otelo, con la obsesión del Moro que tiende a inducir a aborrecer el amor; su falta de sentido crítico le induce a prestar atención a las sutiles y premeditadas insinuaciones de Yago, y su imaginación le crea una jaula en que va a quedar prisionero como un implacable felino en su fiereza. Gabriele D'Annunzio en el "Inocente" describe magistralmente la pasión de Tulio Hermill, que estremece al lector por el crimen que comete por su incontenible amor.

La segunda es la diferenciación de los celos, pues el celoso de imaginación, altamente peligroso, duda sin pruebas, temiendo el engaño que zahiere su amor propio y dignidad; el celoso de los sentidos que supone o sabe, duda de la exclusiva posesión en el futuro y sufre de no poder olvidar lo que ha perdido, y más intensos son los celos del corazón que perdonan y siguen amando, extrayendo la conclusión de orden psicosomático de que a cada temperamento le corresponde un tipo distinto de celos y su consecuente reacción.

Los celos difieren en cada individuo, pues nunca se equiparan el temperamento y la experiencia. El que ama como Werther, la excepcional creación de Goethe, no puede tener celos análogos a los que aman como Don Juan; el inteligente, el tonto, el soberbio y vanidoso, el digno, el joven, el viejo, celan de distinta manera, así cada celoso tiene los celos según su forma de amar. Son diferentes en profundidad los celos del amante y del cónyuge, pues son muy distintos los egoísmos exaltados en celos por la seguridad de posesión y propiedad en el cónyuge y en los del amante obra el amor propio. La infidelidad revela al amante la desilusión de otro amor y le humilla admitir la desilusión amorosa del ser que aún sigue siendo el objeto de su propia ilusión; por el contrario, para el cónyuge la infidelidad representa un hurto en perjuicio de la posesión exclusiva y perenne pactada contractualmente en el matrimonio.

Observe la lectora que mientras se cobije en el espíritu del hombre la posesión, siempre las relaciones serán tortuosas, pues implican sumisión y subestimación a la mujer, lo cual hoy es parte de la noble lucha de la mujer por la igualdad plena de género. Ilustrativo para los lectores es distinguir los celos de otras pasiones que le son parecidas; suele denominarse amor a varios sentimientos que tienen raíces instintivas diversas y no presentan un homogéneo contenido afectivo, y con la misma imprecisión se denominan celos a varias formas de egoísmo o de envidia; los niños, se dice, celan a sus hermanos cuando los suponen preferidos, los padres se celan entre sí cuando se concede a otros la confianza que cada uno ansiaría le estuviese reservada en exclusividad.



Es en el amor propiamente dicho entre personas de distinto sexo donde los celos expresan pasión desequilibrada y casi siempre dramática, conmovedora e infelizmente trágica. La imaginación estructura los celos más trágicos; el celoso imaginativo construye absurdas quimeras que lo obsesionan, no teme lo que sabe sino lo que ignora; los celos de imaginación, cuando nacen sobre temperamentos perversos, se convierten en un insaciable afán de hacer sufrir, en un verdadero sadismo sentimental. Los celos del que ama con los sentidos sufre la pasión de los mismos bajo otra forma, ya que objetiva las imágenes físicas de la infidelidad y en esta clase de celos tiene parte mayoritaria el sentimiento de propiedad, más que el amor propio; el daño causado irrita más que el temor de la pérdida de reputación y, si no puede perdonar debe dejar de amar, pues seguirá atormentando a la persona que pretende creer amar.

Cuando sólo se ama a sí mismo no se puede seguir llamando amor a su vanidad, a su odio; el mal ajeno nunca fue remedio al dolor propio, pues se extraña la dignidad en los celos que no perdonan ni olvidan. Por ello la moral cristiana no es obsecuente cuando pregona que debe preferirse al celoso que sufre y perdona al celoso que odia y mata.

Hoy convivimos con horror el incremento espeluznante de casos de feminicidio en América Latina, especialmente en Bolivia, Perú y Ecuador, teniendo como causa o fundamento a los celos imaginativos cuyos celos son

odio que ciega, vanidad que los convierte en verdugos y en víctimas.

Lo razonable a este inextricable tema debería conducir a que todo hombre sea digno y renuncie al amor de la persona cuya ilusión sentimental no ha podido preservar, por su obcecado y no superado machismo y su afán de posesión; de lo contrario, está latente la potencialidad a la comisión de violencia verbal, agresiones físicas, hasta el feminicidio.

Será un imperativo que la felicidad de los amantes se emancipe de los prejuicios egoístas que envenenan toda experiencia sentimental, obteniendo como corolario importantísimo que se debe respetar profundamente a la mujer y con convicción, como el ser más importante de la creación, y ese respeto implica no agredirla ni con el pétalo de una rosa. ☞

Raúl Pino-Ichazo Terrazas (La Paz, 1946). Boliviano, abogado corporativo, catedrático y escritor. Doctor Honoris Causa. Posgrados en Interculturalidad y Educación Superior, Arbitraje y Conciliación, Derecho Aeronáutico, Alta gerencia para abogados (UCB-Harvard), Filosofía y Ciencia Política (maestría). Doctor honoris causa (IWA-Cambridge University). Entre sus libros publicados cabe citar *Adiós a las drogas*, recomendado como texto para escuelas y colegios por el Ministerio de Educación de Bolivia. Es corresponsal de *Archipiélago* en Bolivia.